

# 12<sup>vo.</sup> Concurso de Cuentos RADIO SANTA MARÍA



Cuentos Premiados 2004



# 12<sup>vo.</sup> Concurso de Cuentos RADIO SANTA MARÍA





Primera Edición, septiembre de 2005  
Antología del 12do. Concurso de Cuentos de  
Radio Santa María

Diseño, cuidado de edición; corrección de  
originales y pruebas :  
CARLOS FCO. FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diagramación, composición y diseño portada:  
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Fotografías inéditas: José Enrique Tavarez

Impreso en Santo Domingo, D.N.  
República Dominicana.



# ÍNDICE

Pág.

A manera de presentación .....	7
--------------------------------	---

## PREMIOS:

### Primer Premio:

Humo

de Abadalá Melgen .....	13
-------------------------	----

### Segundos Premios:

Llovida de pez en la noche

de Roberto Ortiz .....	27
------------------------	----

El Santa Claus de Andrés Mejía

de Franklin Alvarez Eve .....	37
-------------------------------	----

Cierre del paréntesis

de Roque Diómedes Santos .....	51
--------------------------------	----

## MENCIONES:

Nido de Cuervos

de Abdalá Melgen .....	60
------------------------	----

La Gallera

de Roberto Adames .....	68
-------------------------	----

Ritos entre matices

de Quibian J.B. Castillo Fernández .....	78
--	----

## ANEXOS:

Acta única .....	86
------------------	----

Bases y condiciones del concurso .....	88
--	----

# A MANERA DE PRESENTACIÓN

**A**l duodécimo Concurso del Cuentos que se abrió en la ciudad de Santiago de los Caballeros el 15 de diciembre del 2004, respondieron cincuenta y cuatro autores que sometieron a la consideración del Jurado un total de ciento dos narraciones. Una respuesta menos copiosa que la del año pasado, pero con una calidad que se le eleva indefectiblemente.

Cuarenta y dos hombres y doce mujeres han participado en este Concurso, representados mayormente por los capitalinos con trece personas, seguidos de La Vega y Santiago con doce cada uno. En menor cantidad, se han identificado trabajos remitidos desde Higüey, Bonao, San Francisco de Macorís,

Nagua, Cotuí, Jarabacoa, Moca, El Seybo, Puerto Plata y desde los Estados Unidos, Miami.

Los miembros del Jurado de este certamen, Carlos Fernández-Rocha -vinculado a la historia del mismo desde sus orígenes-, Imelda Ramos -aún con la aflicción que deja la ausencia de alguien muy querido- y Diógenes Valdez -recién galardonado con el Premio Nacional de Literatura- convergieron el pasado 19 de marzo en Radio Santa María. Traían la cosecha de cuentos de este año bajo el brazo. Las mejores obras, a su juicio, reunidas en carpetas con garabatos, números y signos de admiración. Se sientan con figura de amigos de tertulia, más que de catedráticos; intercambian comentarios, impresiones, reservas y entusiasmos. Finalmente todos van recalando en esas pocas obras que les han cautivado por el tema, la trama, el lenguaje o los personajes.

Ellos nos presentan en esta noche la selección que han efectuado: cuentos que a su juicio, se deben releer, recordar, imprimir, conservar; porque algo de nuestra condición humana y de una sobresaliente capacidad narrativa está ahí, en cuatro cuentos premiados y en otros tres dignos de mencionar,

El Grupo León Jimenes, en la persona del entrañable don Mario Méndez, garantiza que estas



obras no se queden en una gaveta o en un suspiro. Que salgan a la luz pública, que los comencemos a conocer hoy, con nombres y apellidos y que antes de que finalice el año ya estén en un volumen magníficamente impreso que pasará de mano en mano para ser parte del futuro de nuestras letras.

Radio Santa María se alegra una vez más -y ya son doce- de ser vehículo para que estas obras lleguen a nuestros lectores y lectoras, a nuestras aulas y bibliotecas, a las manos de quien se siente a leer y entre así, en calidad de cómplice, en los mundos de quienes las escribieron para todos nosotros.

Muchas gracias.

Eduardo García Tamayo, S.J.

Palabras pronunciadas el 30 de marzo de 2005  
en el acto de proclamación de los ganadores y  
entrega de premios del XII Concurso de Cuentos  
de Radio Santa María.



**CUENTOS  
PREMIADOS**





PRIMER PREMIO

# HUMO

Seudónimo: Eetes

De: Abdalá Melgen

**J**uvenal estaba pálido, quizá por la reciente conmoción, cuando vio llegar la mula. El niño que la arreaba tenía la sospecha de que aquel debía ser su padre, no estaba seguro, puesto que además de ocho meses sin verlo, ahora llevaba una larga y sucia barba, y estaba consumido. De no ser por la indumentaria, la pipa y la circunstancia, el niño no habría siquiera sospechado.

Juvenal sacó un pañuelo para secarse el sudor frío que le empapaba el rostro; se acercó al niño.

- ¿Cómo está el campeón?- dijo con la voz entorpecida por la pipa.

En eso se oyó un sollozo desde el fondo de la casa, el niño vio hacia dentro; volvió el rostro de mirada esquiva al hombre quien ya sin dudas era su padre, luego el suelo. Juvenal se puso en cuclillas más por necesidad espiritual de hacerse sentir inferior ante el hijo que por ponerse a su altura. Retiró la pipa de su boca y la dejó atrapada en su cinto de sogá. Luego ladeó la cabeza ligeramente hacia la derecha para escupir por encima del hombro.

- Usted es el rey... - señaló, y luego miró hacia el interior de la casa. - Su hermana es una puta como su madre, pero a esa se le perdona porque está muerta -añadió con ira residual.

El niño sintió el tufo del alcohol y tabaco; pensó que así olía la maldad del mundo, la de los hombres.

-Tú también estás muerto -replicó el niño sin mirarlo a la cara.

-¿Quién le dijo eso? -preguntó Juvenal.

Tras mantenerse pensativo el niño señaló hacia el interior de la casa, con más temor que decisión.

-¿No le dije que era mala? -dijo Juvenal con arranque, volviendo continuamente los ojos hacia el interior de la casa. Ya no sudaba, pero seguía con



las manos trémulas y mirando continuamente de un lado a otro.

La mula arrancó unos cuantos hierbajos a los pies del niño. Era una mula joven, silenciosa, Juvenal apenas reparaba en ella, aunque se la había traído él mismo al hijo la última vez que fue a verlo; entonces era una escuálida potrilla.

-¿Por qué no venías? -pregunto el niño.

Juvenal desató una sucia bolsita que llevaba anudada en la soga que usaba como cinturón, con entusiasmo la puso ante los ojos del niño, pero éste no mostró interés alguno, ante lo cual Juvenal decidió extraer la sorpresa él mismo. Era una pulidísima bola de cristal, cuyo interior mostraba unas burbujitas de diferentes tamaños. En la mirada del niño una luz pareció resplandecer, se adelantó a tomar la bola y la puso en su palma. Ciertamente no era lo que esperaba, además de que carecía de unas ondeantes láminas de colores, era más grande de lo que él había imaginado cuando Juvenal prometió traérsela, pero esta lo había impresionado igual.

-No sabe el trabajo que me costó conseguirla. La que usted quería no la encontré; pero ésta ¿vea usted? con ésta podrá ver los planetas de noche, a la luz de la lámpara.

El niño volvió a mirar con arrebató hacia la luciente bola e hizo una larga inspección; se acercó sonriente a la mula para mostrarle el preciado obsequio. Luego volvió su mirada triste a Juvenal.

- ¿Esos hombres vendrán a buscarte de nuevo?

-No, campeón, ya no volverán.

-Entonces te quedas.

Juvenal se enterneció, percibió que su hijo lo quería, que él debía regresar y buscarle una madre.

-No. Debo volver para resolver algunos asuntos. - Lo haló hacia sí. -¿quiere usted estudiar verdad? Ser el rey que está destinado a ser.

Rebeca salió. Se asomó al umbral, aún lloraba, pero era un llanto mudo, el niño la vio y volvió la mirada al suelo. Juvenal se pudo de pie, se aproximó a ella. Ella no hizo más que un gesto desdenoso.

-No le temo, porque usted está podrido -dijo ella casi susurrándole.

-Todos lo estamos, excepto él -respondió Juvenal con orgullo, mientras señalaba al niño.

-Claro -dijo ella-, es su rey. Y miró al niño con desprecio, -el pobre ya está marcado.

Ciertamente, la mirada correspondía con el desprecio, pero en el fondo Rebeca lo quería, lo que más bien le contrariaba de él era la presencia física de Juvenal, no sólo en su parecido, sino que además el niño era el único motivo por el que Juvenal iba continuamente por la finca. Lo quería no sólo por ser su hermano, también en cierta medida porque era huérfano. De modo que su amor por él había tomado un rumbo maternal, además de contaminado por la compasión. Ella carecía de la instrucción y del instinto para educarlo, pues apenas salía de la pubertad. Desde la muerte de la madre de ambos, crecieron bajo la inestable supervisión de la tía Ambrosia, cuyo cumplimiento se debía más a un compromiso ante el lecho de muerte de la hermana, que al afecto carnal.

"...Ya está marcado", se quedó como un eco en la conciencia de Juvenal que vislumbró en esto una victoria ante el destino. Pero el tono de ofensa con que Rebeca lo dijo irritó al hombre. Entonces le dirigió a su hija una mirada como si estuviera poseído, ella no se dejó intimidar, lo enfrentó como mejor pudo, casi sonriente, con una fijeza de ojos abiertos a todo dar.



-Ya le he dicho que no le temo, puede seguir golpeándome e insultándome, lo único que consigue es que me dé asco -advirtió Rebeca.

Juvenal sonrió. Una sonrisa de burla como para relajarse, entonces metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y desembolsó un puño de billetes que le extendió a Rebeca.

-Llévelo de matinée el domingo y tú cómprate un vestido; intenta tener la compostura de no seguir pareciéndote a ella.

Rebeca tomó el dinero como algo ya pactado. Era una buena suma y según sus intuitivos cálculos, superior a las anteriores. No obstante, no se dejaba comprar, lo aceptaba como un pago a tantos oprobios acumulados, que él jamás terminaría de pagar.

Hubo un silencio incómodo, uno de esos silencios en el que se adivinan los estruendos por venir. Entonces se oyó la jadeante respiración del niño, su pequeño rostro terroso parecía inflamarse.

Sin advertirlo, Juvenal intentó decir...

-Ya! -intervino a gritos el niño, con un raudal de lágrimas en los ojos. Rebeca se espantó, nunca

antes había observado una reacción tal en su hermano, pues siempre había sido de un carácter reposado, hasta cierto punto anormal. Sin dudas aquel grito agudo, fue de resistencia, para no dejarse vencer por el odio, que parecía haber estado contenido dolorosamente en el pecho, pues le estremeció todo el cuerpo. Soltó la bola de cristal y abrazó, enlazando el cuello con sus bracitos, a la mula que pastaba a sus pies. Juvenal se acercó, de nuevo se puso en cuclillas.

-Jey campeón, nada de eso, nada de eso; mire que los hombre no lloran.

-Se dirigió hacia su hija -esas son las costumbres que tú y tu tía le meten en la cabeza.

Volviéndose al niño con actitud inofensiva, más bien adoptando un aire de súplica, le pidió casi a ruegos que detuviera el llanto, pero el niño se agarraba con más ímpetu al cuello de la mula, esta se dejaba como si acaso comprendiese la situación.

-Usted no necesita llorar, no es propio, -insistía Juvenal.

-Ella sí, porque precisan engañar y seducir, siempre ha sido así.

-Quiero a mi mamá -exclamó el niño sujetándose con más fuerza al cuello de la mula.

Juvenal se quedó un momento suspendido con una mueca en la que se adivinaba el desaliento. Se irguió manteniendo una actitud quieta, viendo el cielo con los ojos entornados; allá en el poniente una nube blanquísima como un gran algodón, acababa de eclipsar el disco rojo.

-Eso ya no es posible -dijo sin entusiasmo, con una voz tan débil que pareció más un pensamiento que una sentencia. Está muerta y eso debería bastarnos. -al decir esto Juvenal miró alternativamente a sus dos hijos.

-Es tu culpa -dijo el niño e inmediatamente hizo una pausa, tal vez sopesando el hecho de haber dicho algo que no debió decir o acaso para prolongar el momento de añadir.

-Tú la mataste...algo pasó en el río y por eso los hombres vinieron a buscarte.

-¿Qué dice usted? ¿Ya no recuerda? Murió en la cama, usted estaba a mi lado sin comprender nada, ¿no se acuerda?

-Tú la mataste, algo pasó que la puso sufrida. En el río. -repitió el niño.

Juvenal, esta vez, dominado por la impotencia volvió a sentirse agitado y un rápido escalofrío se le extendió en todo el cuerpo hasta convertirse en cierto temblor que lo zarandeó. Esto le desató la bilis; fue entonces cuando dirigió un flameante vistazo hacia Rebeca, quien esta vez pareció justificar la rabia de su padre, por lo cual bajó la cabeza. Juvenal procuró atemperarse, para mejor efecto hizo un ruido oral que sonó como un chasquido. Observó al niño y se dio cuenta que no era el mismo, pues ya había crecido como para tener resoluciones propias, no lloraba como antes, gimo-teando, sino como lo haría un hombre, alimentando la rabia. Finalmente, reparó en esa pelusa que le ensombrecía la bigotera. Pese a esto Juvenal comprendió que el niño no hablaba por sí mismo, sino que su hermana hablaba a través suyo. Se aproximó con la excusa de verificar la salud de la mula; esta declinó al contacto del hombre.

-Déjala -dijo el niño -tu mano debe oler a sangre, como dicen...; debe ser eso.

-¿Quiere que me vaya? No diga eso ¿Odia usted a su papá? -inquirió Juvenal.

-¡No! -se apresuró a decir el niño mirándolo de fijo a través de las lágrimas.



Rebeca sonreía por lo bajo. Le agradaba esta humillación a la que se sometía el hombre. La sonrisa le dulcificaba vivamente el rostro debido al contraste con su aspecto general, que era adusto. Desde hacía un año usaba con aplicación toda la ropa de luto del armario que había pertenecido a la madre, quien hasta el momento de su muerte guardaba a su vez un luto de dos años por don Cristóbal, su amante.

-La muerte de ese señor fue un accidente, fue demostrado ante el juez; de no ser así yo no estaría aquí con usted, ¿no lo ha pensado?

El niño buscó interrogativamente los ojos de su hermana, la halló cabizbaja, de pronto se sintió desnudo, desprotegido, sin nada que replicar. Se aferró nuevamente a la mula, y con sus dedos se dispuso a peinar las crines que se le extendían a lo largo del cuello. Juvenal no dejaba de verlo, seguía reconociendo algo de sí mismo que se repetía en el niño, algo ancestral; de su cinto extrajo la pipa y mecánicamente se la llevó a la boca, la dejó allí sin fuego, nada más que por hábito y vicio y en último lugar, para dejar su conciencia abstraída en el sabor quemado de la pipa, antes que desconcertar al niño.

El niño volvió a mirar a Rebeca, la vio suspirar antes de entrar a la casa. Llevaba un aire cansado.

-¿Qué pasó en el río? -preguntó el niño.

Juvenal salió del letargo, quitó la pipa de la boca y con ella en la mano empezó a gesticular.

-Un accidente... yo me ofrecí a ayudar a don Cristóbal a encontrar una yegua suya que había quedado atrapada entre las ramas de un tronco que la creciente del río había tumbado, lo hice de buena fe, por que hay un Dios. Mire, Rebeca no más le cuenta a usted lo malo mío, pero aunque su mamá se entendía con ese don, eso a mí ya no me importaba; que me parta un rayo si no; como le decía, mire cuando encontré al don en el río, este estaba bravo como cosa del diablo, la verdad que no es cosa de contarse sin estremecerse, era cuestión de tiempo que la rama fuera arrastrada por la creciente, entonces aconsejé al don a que tratáramos de enlazar el animal y así nosotros jalarlo para fuera, pero él no veía el peligro y quiso que lo enlazara del cuello de mi yegua para yo jalarlo desde ella, mientras él liberaba el animal de la rama. Así lo hicimos, pero la creciente era fuerte y de ese lado del río se formaba como una garganta, de modo que la rama y la yegua habían contenido un poco las aguas. Oí quebrarse el tronco y llamé al don, pero en su loco capricho de librar al animal no hizo caso, solo decía "Está preñada, está preñada", entonces yo me puse a jalar por mi cuenta y ahí fue cuando el tronco se desprendió, la rama, el animal y su dueño se fueron río abajo. Yo jalaba y

jalaba con ayuda de mi yegua, pero la creciente era ya muy fuerte y nos remolcó a nosotros también. Como conozco bien ese río, solté el lazo, me dejé arrastrar sin resistencia tratando de sacarme del peligro, todo para alcanzar al don, que sin duda debía estar luchando. Cuando lo alcancé, vi que tenía muchos golpe en la cabeza, sangraba mucho también y ya no tenía fuerzas, apenas se quejaba. Creo que los golpes fueron encajados por el tronco y las ancas de la yegua, eso no lo sé. Como pude, con mis artimañas, lo llevé a la orilla, pero ya no respiraba.

El niño escuchó la historia con rostro admirado, estaba transportado. Creyó que todos mentían, salvo su padre.

-Y la yegua, se murió? -preguntó con entusiasmo.

-Sí, la madre de Cholita -respondió Juvenal, sonriente, posando sus manos sobre el cuello de la mula. Esta volvió a relinchar.

-Cholita no te quiere, es que no te conoce. Tú duras mucho sin venir por aquí; anda quédate.

-Le prometo algo campeón, es mi última vuelta; después vendré a quedarme; mientras tanto toma, es un retrato de tu papá. Ahora ya me voy, el sol se puso y no quiero que me coja la noche.

El niño tomó la foto con el mismo arrebató con que tomó la bola de cristal. Estaba en muy mal estado, la humedad la había arrugado y la había manchado en la parte superior que ocultaba una parte de la cabeza. Aún así, la imagen guardaba fielmente la fisonomía del rostro afeitado de Juvenal, que en ese entonces era cinco años más joven.

-Bueno -dijo Juvenal dándole la mano para que el niño se la estreche, este la apretó lo mejor que pudo, y Juvenal sonrió de orgullo. Luego se alejó, puso la pipa en la boca y se dio vuelta, quiso aprovechar los pocos rayos del sol que quedaban del día y apresuró el paso, tanto más porque sabía que el niño lo miraba alejarse y eso lo mortificaba.

Otra vez había mentido con éxito, como en las ocasiones anteriores, pero eran las últimas mentiras, estaba consciente de ello, de que no regresaría más, no solo porque era prófugo de la justicia, sino también de la venganza. Se detuvo para meter un poco de tabaco en la pipa y hacer fuego e hizo una gran absorción, luego de esto arrancó con vivos pasos. El niño vio la enorme nube de humo que se elevó desde la cabeza de su padre y sonrió, algún día fumaré como él. Siguió viendo a Juvenal a lo lejos, hasta verlo reducido a un punto sin dimensión, hasta perderlo de vista.





SEGUNDO PREMIO

# LLOVIDA DE PEZ EN LA NOCHE

De: Roberto Ortiz

Seudónimo: "Samuel Beckett"

**E**s cierto, parece que te gusta el apodo, te has ido, sin siquiera dejar un rostro, una huella, una de esas frases inmortales, dicha a plena luz del día, con un enorme silencio en el fondo de la habitación. Un espejo. Una voz apagada. Una música instrumental casi rozando los cuerpos. Sí, hace tanto tiempo que te escucho, que no sé si me pierdo en cada lento recuerdo, no sé si en verdad te han sacado del sueño o del agua o si es ahora, cuando apenas amanece, que te siento dormida, casi venciendo la perversidad y el odio. Sin afirmar nada de lo que dices en el sueño, moviendo los labios,

abriéndote o cerrándote a una nueva perspectiva. Entonces qué me importa la consecuencia de esta terquedad, de esta brutalidad de sombra consumada, de esta respiración profunda donde el ego se diluye y se expande y no hay preocupación de si llueve o no llueve, porque ya yo no pertenezco a ninguna simulación de personajes y actores fracasados, ahora sé que has tenido una actitud valiente, que has renunciado a tu vida de niña consentida, sin rabia, sin miedo, como si de verdad pretendieras soñar que estás ahí, con una sonrisa a flor de labios, nada más para advertir con tu mano izquierda que el mundo se te viene encima y que tú llegaste después del almuerzo con la cara empapada de sudor, a la misma ahora de siempre, con la misma noticia, de lo que realmente nunca se ha ido.

Ahora nada importa, solo reconocerte, no dejarse dominar por los instintos a esta hora en que fuerzas superiores e incontrolables me asaltan y no es posible dirigir la vista a un punto fijo. A veces me dejo llevar por los instintos; me basta acostarme boca arriba en cualquier lugar de la habitación. Apago la luz, le doy otra forma y dimensión al sueño. Oyes mi ocurrencia, que no sabes si va dirigida a molestarle o a insuflar tu ego. Pues no hay una demostración de falta cuando se describe exactamente tu comportamiento. Dudo que las penas del

alma se disipen lentamente, a medida que mi energía en vez de extinguirse, tiende a diseminarse por todos lados. Cierras los ojos. Cierro los ojos. El aliento de mi voz cesa. No sé si en cierto momento dejo de oírme o tú no me oyes. Actividad alucinante. Escarceo brillante. Dolor, esperanza, sentimientos encontrados en esta búsqueda interminable de nuestra infancia. Ahora la realidad es otra.

En el amanecer, después de haber dormido toda la noche, siento en la boca la perversidad y el odio. Siento el vino descorriendo mi cuerpo. La humedad pastosa de la sábana, verte desnuda, nada me asusta, nada sé del principio. Nada sé de las voces que hablan en la noche, me irritan sus cambios de modulaciones, no es que la voz con la que hablo me pertenece, solo muevo los labios. Escojo el silencio, se abre o se cierra una nueva perspectiva. Escucho tu voz, casi con un tono suplicante, tus quejidos, me voy quedando dormido en tus brazos, vencido por la nostalgia y creo que finalmente me siento bien, con tus manos acariciándome el pelo, aprovecho la bondad de tus movimientos, de tus indiscreciones, del ruido. Para verte en mi propia realidad de donde jamás nadie se ha ido.

Tú perteneces a ese tipo de mujeres en extinción que hasta en los peores momentos hacen falta. Sí,



hablamos de la vida, de tu vida, pero es justo que hagas un aporte y me llames como entonces me llamabas, aquí donde precisamente nos conocimos y nos pasábamos el día entero devorándonos el uno al otro hasta que llegaba la noche y nos daba por leer a Neruda y sus inmensos poemas de amor hasta que el vómito era insostenible en la garganta y nos acercábamos desesperadamente, sin pensar en la más mínima amenaza, todo eso dicho en una sola palabra inofensiva.

Creerse cansado, hastiado, traer de rabia los días de la infancia con el más mínimo detalle entre discos de la vieja trova cubana y un trago de vino. Vivir con esa pasión de inmortalidad que nos da la poesía de Rimbaud o Baudelaire, todos ellos conviven aquí con esa fidelidad de amigo que no se puede rechazar. Mírame, te miro desde esa órbita de gatas miedosas y es como si al mismo tiempo no te mirara. Tú sabes lo terrible de esa mirada en este momento de plenitud donde la oscuridad lo cubre todo y hay que ceder a la sucia palabra que se añeja en la boca y todo es tan horriblemente disperso, que hay que abandonarse, hablar del sueño, de la luna, de los ladridos de los perros... en fin, de la noche.

Espero que entiendas. Que no finjas un llanto estúpido. Que me tiendas tus manos. Que te

quedes callada todo la noche. Que esa manera de callar, sin ninguna gesticulación, sea realmente un resabio, una nueva estrategia para simular que te caes o retornas a mí. Total las horas avanzan y has decidido no dirigirme las palabras. No hay tiempo para más silencios. Hay que disolver las diferencias. Volver al objetivo esencial. Música. Luz. Cansancio. Imaginar que eres una alucinación. Entonces te veo tendida en el piso, fría y distante. Cada vez más cerca del cielo, con la actitud perfecta de la pareja que se ama y se odia y todo se resume en una sobrevivencia de resentimientos y frivolidades. Ya no sé nada de mí, te escucho cada vez más lejos, cada uno concentrado en lo suyo, lo sé, lo sabe; estoy claro, no hay preocupación, no importa, la lluvia no te alcanza o, mejor dicho, no nos alcanza, nadie puede interferir en nuestros actos, hoy es jueves o viernes, no importa, fúmate un cigarrillo, ah, se me olvidaba que fuma, te confieso que no me molesta, prefiero quedarme callado, atento al resoplido de la lluvia cayendo sobre el zinc, ver ir y venir la luz del techo, rechazar de plano cualquier intento de evasiva o de trucos repetidos, es mejor perecer en el intento, no darle margen a la insensatez, a las dobleces del espíritu; sé que algunas veces se pierde el control y no hay otra salida que arrepentirse, pero basta, estoy hablando demasiado, sé que estás ahí, no es que te ignore, es simplemente empezar de nuevo, espero

que no te moleste, verdad, qué bueno, porque así todo fluye de manera automática, y no hay que esperar que venga la madrugada para tomar una decisión.

Hoy es lunes. Lunes en la mañana. Preparas el desayuno. Siempre es una costumbre desayunar. Es un hábito casi obligatorio. Nunca tuvimos tiempo para discutir el porqué de ese hábito. Sería razonable imaginar que esta relación es una ficción. Excepto en el sexo. La aportación de lascivia y perversidad de la voz que habla es un murmullo. Ahí donde te veo en la oscuridad, con una luz pequeña en el fondo. Yo no me explico el porqué de esta compañía solitaria, cada vez más vasta y huidiza. Ahora resulta que tienes miedo, que de vez en cuando me hablas con una displicencia maldita, que nos miramos fijamente para buscar una posición firme en la revelación de cada expresión. Para volver a perseguir esa voz que se reafirma una vez más en la soledad. Sí, te hablo de la soledad. Del silencio. Tomo una taza de té y te escucho como en los mejores tiempos, pero te vas quedando dormida, batallando con las palabras con una actitud bestial. Te sabes dormida. Silenciosa, con tus gestos de niña pegada a la pared. Creo que al final el sueño también a mí me arrastra y me llevo tus noches, tus días, tus lágrimas... entonces la madrugada fluye.

Una interrogante. Duermes. Sí, ahora duermes como desdibujando el cansancio en tu rostro, esbozando el miedo o el desprecio en los labios, dejando escapar un ronquido. Ahora que hablas, que cambias de posición de vez en cuando, que ríes, que mueves una mano, que eres hermosa como si el sentido del sueño te impregnara la frescura del amanecer. Y unas lágrimas menos amenazantes empiezan a rodar con los primeros gritos de los gallos. No entiendo, eres tan callada, no sé si en algún momento me hablaste o te fuiste sin decirme nada, ignorando los errores que entorpecen más esta desenfrenada pasión por desconcertarte a ti misma. Admitirte ausente. Llovida de pétalos y de flores. Untada de miel. Creyéndote una niña al borde del despertar. Me llamas con un tono amenazante. Imbuida de miedo y temor. No es por eso que sé de tu despertar en la vieja cama de madera donde los sentimientos se definen y se arrastran a la piel. Te acuestas sin una leve interrogante. Mis manos te recorren todo el cuerpo. Respiro y no sé cómo te siento tan próxima a mi cuerpo, tan mía que hueles a sombra y a silencio. Oigo unos gritos mientras mueves tu cintura negándome, pero los dos sabemos demasiado el resultado de estas debilidades para dejarnos vencer, es preciso que me odies, que me sientas distante, a tal punto que la lucha por evadirme sea inútil. Es



necesario que me beses, sin distraerte ni siquiera un segundo, de nada sirve que la noche deje sentir su inmenso castigo de soledad, somos una única y real experiencia donde cada uno contribuye a ser cada vez más fiel. Ahora sé que la lluvia que apenas cae te moja el pelo, no entiendes el porqué te pierdes en el aire y el humo del cigarrillo asciende y desciende en esta penumbra húmeda del anochecer donde estamos a punto de desconocer cualquier otra realidad y aceptamos que estamos solos en el universo, que hay silencios que hablan más que las palabras; pero mírame, haz un minuto de silencio y deseo abrazarte, sentirte mía, tan sólo mía, recorriendo tus muslos con rabia y ternura, hasta llegar al sexo con una locura interminable y los sentimientos saltan y fluyen como en un juego pesaroso y sin final, sin un destino previsible, pero la tensión cesa y hay que ir desmontando cada fase de esta farsa sin siquiera tocarte con el pétalo de una rosa, voy tocando tu piel, tus ojos rígidamente abiertos, atento ante cualquier evasiva de noches no consumadas. Ahora los cuerpos se aquietan vagamente cansados en la madrugada, miro con sorpresa tu rostro de niña satisfecha y hay un olor a lluvia y a humedad antes de decirte que está casi amaneciendo y ya es hora que dejes de dormir desnuda con tu pelo empapado de lluvia.





SEGUNDO PREMIO

# EL SANTA CLAUS DE ANDRÉS MEJÍA

De: Franklin Álvarez

Sinónimo: Quijano

**C**uando abrió la puerta, el muchacho se quedó mirándola fijamente. Tenía doce años, pero su mente no era superior a la de un niño de tres. Hablaba poco y con dificultad y de su boca la mayor parte del tiempo colgaban hilos de saliva, largos y viscosos, como lágrimas de cristal.

-Cló...Cló -le dijo

Era veinticuatro de diciembre y ella sabía bien de lo que se trataba. Otra persona pudiese pensar lo que quisiera, pero ella no, estaba tan clara como la luz



del mediodía, sobre lo que él le estaba reclamando. Era su único hijo y lo tuvo corriendo grandes riesgos para su vida, cuando apenas frisaba los quince años. La noche en que le comenzaron los dolores del parto, no la quiere ni recordar. Al hospital la llevaron de emergencia unos vecinos, que según le refirieron después, la hallaron medio muerta junto a la puerta de la cocina. Según los médicos explicaron cuando recobró el conocimiento, la presión le subió mucho y había convulsionado. Desde entonces piensa que está viva, como dicen la gente, para contarlo.

-Mami...Cló...Cló...

El niño comenzó a caminar muy tardío, luego de muchos ejercicios de rehabilitación y de gastar el dinero que no tenía; ahora podía hacerlo aunque con gran torpeza, prácticamente sobre las puntas de los pies y solo muy de cuando en cuando, afinaba los talones. Tenía el lado derecho de su cuerpo más afectado que el otro, y su diestra estaba, se podía decir, inutilizada del todo.

-Mami... Cló...Cló...

Quería cargarlo, pero ya estaba grande y pesado. Entonces le sonrió y le hizo unas gracias que solía utilizar en tales casos. Caminó hacia el aposento y

se detuvo enfrente del armario. A través del espejo vio acercarse al pequeño con su habitual hilo de saliva; pero esta vez con lágrimas en los ojos. Pensó en lo que pudiera tener en la casa, que pudiese utilizar como un regalo y así tranquilizarlo. Abrió las puertas del armario de par en par y solo vio blusas, vestidos y pantalones suyos, nada más.

-Mami, se va a bañar y luego te traerá el regalo que te mandó Santa Cló -le dijo muy pausadamente como si le hablara a un sordo.

Fue al baño y se acicaló de la mejor manera. Buscó su vestido rojo, que era el que mejor le resaltaba su cuerpo aún esbelto. Peinó su cabellera negra y larga y se maquilló con esmero como sabía hacerlo para tales ocasiones. Frente al espejo, perfumada, recordó las palabras que tanto le repetía su difunta madre:

-“Muchacha bonita, pero sin nada de cabeza -y se quedaba examinándola, y concluía como si fuese un lamento-: La verdad es que Dios le da barbas al que no tiene quijada”.

Antes de salir a la calle, volvió a mirar al niño. Acostumbraba dejarlo solo en la casa, ya que no tenía quién la ayudase, por lo que en las noches lo dormía en el mecedor de la sala, lo acostaba en la

cama y lo abrigaba bien para que la brisa no lo resfriase y lo colocaba en un lugar al resguardo de las goteras en caso de que lloviese. Luego lo besaba en la frente y le rezaba una oración, para que Papa Dios lo protegiese de todo lo malo y entonces se iba. Si era de día, solo le cerraba la puerta, no sin antes advertirle que no saliese, porque venía pronto y afuera estaba el viejo del macuto que se llevaba a los niños desobedientes.

- ¡Pórtate bien que mami te va a traer a Santa Cló! -le dijo, y lo besó en la mejilla. Eran como las siete de la tarde, cuando parada en su esquina de costumbre, un hombre se le acercó. Se podía colegir fácilmente que no pasaba de los cincuenta años. Tenía el pelo crespo, brillante y peinado con esmero hacia atrás. Si se le veía con detenimiento se apreciaba que una que otra cana se habían escapado al efecto del tinte. Tenía una camisa a rayas azules y un pantalón negro de dril, que lo hacían ver muy juvenil y hasta se podía decir que atractivo.

-¿En qué andas? -le preguntó él.

Ella le clavó sus ojos tan bellos como provocadores.

-En nada -le respondió.

El hombre la observaba cuidadosamente. Tenía a flor de labios un cigarrillo a medio consumir y

parece que le gustaba hablar en medio de las volutas de humo. Pero a ella nunca le habían atraído los hombres que hicieran galas de su saber y este hablaba como si fuera el creador del mundo. Prefería los jovencitos, sobre todo los que rondaban los quince años. Eran más tiernos, inexpertos y mucho más cariñosos. Además, creía que eran los que nunca la olvidaban. Con ellos había solo un gran problema: eran los que menos dinero le daban a ganar.

-Estoy dispuesto a entrar en pelea... No sé tú.

Ella lo miró a los ojos por primera vez y le sonrió. Sabía que sus labios, tenían un poder de atracción muy particular, más de un hombre se lo había confesado y la fuerza de su mirada, era sencillamente inexpugnable.

-Me llaman la cobra -le dijo.

Si fuera en otra coyuntura, no se le hubiera ni siquiera acercado a aquel sujeto. No le acababa de agradar su aspecto y sus maneras no le inspiraban nada de confianza; pero en ocasiones hay que sencillamente meter las dos manos en el fuego y esta era una de ellas.

-Precisamente vivo de encantar serpientes -le respondió él.



Caminaron hacia el pequeño hotel y ya en la cama, le pidió su verdadero nombre.

-Llámame Elizabeth -le respondió. No era cierto; pero para lo que a él le podría servir.

-¡Todas las putas son unas mentirosas!

Quiso responderle. Estas eran de las cosas que encontraba más difíciles de aquel oficio, tener que oír cosas como esta y tener que tragarse la lengua. Pero había aprendido con los años que era una gran verdad aquello de que el cliente siempre tiene la razón.

-Tú bien lo has dicho, las putas... -le contestó.

Él se sonrió. Se paró de la cama y buscó sin prisas en el bolsillo de la camisa otro cigarrillo. Ella pensó en el muchacho. ¿Qué podría estar haciendo en aquel preciso momento? ¿De qué era capaz un niño como él tan inocente como un recién nacido? Pensó en la estufa, en los fósforos que dejaba sobre la mesa, en el tanque de gas, en los ratones a los que les temía como el diablo a la cruz.

-Vamos a terminar esto -le dijo.

Él la vio, pero no con la misma mirada de la otra vez, sino con los ojos helados del que sabe que

tiene bien agarrado el sartén por el mango y con la voz más pausada que encontró le dijo:

-Te voy a pagar tu dinero, pero te lo advierto desde ahora: soy un corredor de larga distancia.

Le brincó el corazón. Creía conocer bien el medio, ya tenía unos cinco años trabajando en eso. Recordó la noche cuando su amiga Perla, la invitó a ganarse un buen dinero, sin hacer lo mal hecho y afanar mucho. La primera vez fue terrible, la conciencia no la dejó dormir en toda la madrugada; pero con el correr de los días le fue descubriendo el lado dulce al asunto y de un tiempo a esta parte ya no le daba ni frío, ni calor. Había aprendido a identificar a los novatos a primera vista. Los ojos les brillaban de una manera muy particular y el aliento se les sentía trabajoso. A algunos las manos les sudaban a mares y se les ponían muy frías como bloques de hielo. Tenía experiencia también con hombres de avanzada edad. Solían ser un amor. Por lo regular eran muy galantes, pero a pesar de ello, a muchos tuvo que dejarlos abandonados a su suerte en el campo de batalla, abatidos antes de hacer el primer disparo. Lo curioso era volverlos a ver, noches después, mostrando el mismo o mayor interés, como si hubiesen venido dispuestos a rescatar el honor mancillado.

-Abuelo, ya usted no puede -a veces les decía. Pero no valía de nada. Era una decisión tomada y no

había fuerza en la tierra capaz de hacerlos entrar en razones. Llegó a pensar que el hecho de ellos verse expuestos al peligro, le era suficiente para disfrutar lo maravilloso de continuar viviendo. Tuvo también niños, que aunque venían queriendo dar la apariencia de ser hombres duchos, sus maneras infantiles los desnudaban.

-¿Qué quieres angelito? -les preguntaba.

Eran por lo regular muy agresivos; pero a la vez muy torpes. Había que despacharlos lo más rápido posible, porque eran capaces de echarle a perder a cualquiera la noche. Eran como el comején, insaciables. Con todo, los prefería, porque eran los únicos, que en las ocasiones especiales, le llevaban regalos y hasta llegaban a considerarla realmente como la novia de sus sueños.

-Por favor, asegúrate que la puerta esté bien cerrada -le dijo el hombre.

Lo hizo más que nada, con la finalidad de ver su cuerpo desnudo. Lo observó con deleite mientras caminaba y luego le comentó:

-Tú vales una millonada.

Ella volvió a ver el reloj y le esbozó una falsa sonrisa.

La lucha que sostuvieron fue además de prolongada, fiera. Cuando todo terminó, el hombre se colocó de espaldas a ella, mirando la pared. Estaba completamente sudado y jadeante; pero se sentía satisfecho como un gladiador victorioso.

-Estamos tabla -le dijo sin cambiar de posición -. Ni tú me debes, ni yo tampoco. Y estalló en una carcajada entrecortada como si estuviese galopando. Ella le miró la espalda y vio allí dibujadas, como en un lienzo, las huellas muy tenues de unas uñas y le vino a la mente aquella otra noche de su desgracia. Entonces era una niña inocente y caminaba confiada. La noche, sin luna si estrellas, estaba oscura como la boca del infierno, cuando sintió aquella mano fuerte que la haló. No pudo hacer nada contra aquella mano que la apretaba sin misericordia, y la despojaba violentamente de sus ropas. Quiso gritar con todas sus fuerzas, pero no encontró el aliento. Sintió un dolor terrible entre las piernas y solo pudo con la poca energía que le quedaba, hundir sus uñas en aquella espalda y nada más. A ella se le nubló la mente de súbito y no sabe cómo, pero una rabia como una montaña se le vino encima. Pensó en el pequeño cuchillo, que siempre guardaba en el bolsillo del chaleco. Prontamente lo tomó en su mano y se lo hundió varias veces en el cuello y no cesó hasta que vio que el pecho dejó de moverse. Entonces lo escupió y le pateó el trasero.



Tomó la billetera que estaba en el bolsillo de su pantalón, sacó el dinero y salió dejando la puerta cerrada tras de sí.

Tocó a la puerta con suavidad, y cuando oyó los pasos del niño acercarse, engoló la voz.

-¿Aquí es que vive el niño Andrés Mejía? -preguntó.

La fue empujando lentamente, hasta que estuvo de frente a él. Estaba vestida de Santa Claus con barbas y todo y cuando el niño la vio, comenzó a dar brincos de alegría.

-Su madre me dijo que viniera -siguió diciéndole.

El niño reía a carcajadas y daba vueltas alrededor de sí mismo como solía hacer cuando algo le gustaba.

-Le traje estos juguetes.

De una funda comenzó a sacar camiones, carros, soldaditos, pistolas. El niño brincaba como un corderito complacido.

- Cló...Cló... Cló...

Salió hacia la calle. En todo el barrio era bien conocido. A medida que se alejaba, se oía diluirse su voz cascada y su risa de fantasma.

Se sentó en la sala. Estaba extenuada. Encendió la radio y recostó su cabeza en el espaldar del mecedor. Prontamente cayó en un profundo sueño. Soñó que navegaba en un río turbulento de sangre. Era largo y ancho como nunca había visto otro en toda su vida. Dondequiera que giraban sus ojos, chocaban violentamente con aquel líquido rojizo y gelatinoso, que despedía un fuerte olor azufrado que le producía náuseas. El sonido del río al dar contra las rocas, le hería los tímpanos y le daba vértigos. Todo a su alrededor estaba teñido de rojo y llegó a pensar en su desesperación que todo el mundo se había convertido en sangre. Había oído decir que en la gran tribulación, las fuentes de las aguas y la luna se convertirían en sangre y pensó que estaba presenciado el final de los tiempos. Se despertó temblando. No podía precisar si fue en medio del sueño o no, pero creyó oír que se daba la noticia de la muerte de un sacerdote. El locutor hablaba de la manera cruel en que fue muerto aquel hombre de bien, se piensa que por una peligrosa delincuente, que según versiones, anda vestida de Santa Claus, por lo que se le pide a la ciudadanía colaborar con las autoridades para su pronta detención.

Atónita se paró del mecedor. Sentía, más que miedo, pánico. Caminaba, todavía medio dormida, sin querer creerlo. No sabía ni qué hacer ni qué

pensar. Fue a la nevera y tomó sin desearlo un poco de agua. Caminó de nuevo a la sala, se paró frente a la ventana y divisó a lo lejos a su hijo, que se acercaba rodeado de muchos de los niños del barrio, que de seguro venían -dedujo -a ver si era cierto lo que él les diría con gran dificultad, pero con alborozo, que Canta Claus, en cuerpo y alma, había bajado a su casa directamente desde el cielo.







SEGUNDO PREMIO

# CIERRE DEL PARÉNTESIS

De: Roque Diómedes Santos

Seudónimo: Flavio

**Y** usted que pensaba que era su tiempo feliz, pero el destino tiene esas jugarretas absurdas que nadie conoce. Simplemente se van hilvanando azares y distancias que ya no reconocemos, porque pertenecen al pasado; sí, a ese pasado que usted quiso olvidar de una vez, con mucho esfuerzo, claro está, pero sin éxito alguno porque ahí está nuevamente. Usted lo reconoce, llegan a su memoria esas pequeñas rabias de hace tantos años, como carcoma imprevisible que subvierte todo milagro del renacimiento, música silenciosa que arde en sus huesos. ¿Y ahora qué?, usted se pregunta frente al

espejo que le descubre su cara angosta, está irreconocible. Su esposa no ha llegado aún, pero no tardará y eso le inquieta. Darle la cara después de tantos años de felicidad y una hija pequeña que es su adoración, no es tan fácil. Recuerda que una vez pensó que esto podría suceder y también pensó lo que debía hacer si le sucedía lo que han dictaminado los médicos. Era simple, parecía planeado en ese entonces; pero usted creyó que sí, que había salido ileso de tantas aventuras después de la debacle personal en la que se vio envuelto, tras diez años de intensa vida para los demás, de servicio al reino y olvidarse de sí, colocando una y otra vez la misma mejilla y amando a sus enemigos porque así lo había dicho el Maestro. Usted recuerda con enfado que el Maestro se olvidó de su discípulo, recuerda los getsemaníes transcurridos sin escuchar lo que en verdad a usted le interesaba, aquellas palabras bautismales que lo reconocieran a usted como hijo y al hijo como padre, porque esa era su búsqueda, el padre en el hijo, único mediador entre lo divino y lo humano y usted, claro está, como vive en el siglo de las psicologías y se pasó toda su infancia buscando un padre que jamás encontró, cuando lo encuentra es la desilusión, simple y llana desilusión. Ahora observe cómo usted se aferró a ella, a sus párpados caídos e impacientes; sí, tan solo a ella, porque ella era la única evidencia que anidaba en su rabia. Usted se marchó de aquel

mundo solitario, quiso encontrarse fuera de la liturgia y la vieja moral que había aprendido, quiso reconquistar cada espacio de libertad maltrecho o que usted sentía que le habían robado, los años de juventud dedicados a otros sin pensar en usted ni un segundo, vaciarse para al final saberse sin nada.

A la desesperanza siempre le crecen las alas, se dice usted con aire de quien ya no quiere mirar el rostro que embarga su espejo, porque es un rostro culpable, sin que la culpa signifique la mayor novedad; no, en estos años de felicidad usted ha sospechado algo, subrepticamente ha sentido cómo sus fuerzas han disminuido, el cansancio omnipresente, las conjeturas angustiosas y el dictamen que el juego se ha trabajado sin usted, sin reglas y sin árbitros, con vida y con muerte. En todo juego que llega a su final hay un ganador y un perdedor. Y usted que ha pensado haberle ganado al destino, descubre frente al espejo al victorioso perdedor, porque lo que ha ganado es perder. Usted toma nuevas fuerzas al desánimo y la sinrazón del momento, respira profundamente y se mira al espejo bruma, sus ojos son más negros que entonces cuando pretendía vivirlo todo, a cada noche una nueva conquista, el cuartito en el segundo piso, un hotel de mala muerte y adolescentes de alquiler frente a la Plaza Independencia y ya, minutos de quejidos fingidos, babeando cuerpos babea-



dos, protegiéndose porque ellas lo exigían, pero a usted le daba lo mismo, quería morirse, acabar con toda esa sensación funesta de abandono del Padre, matar de una vez por todas el interdicto esplendoroso de la abuela autoritaria, tocar cuerpos extraños es pecado, tres veces por semana y el mismo instinto suicida que sentía otrora está sobre el espejo, iluminando tenuemente el rostro que traspira su no existencia. Tal vez, piensa usted por simple curiosidad y sin que en verdad le importe, fue aquella con la que solía hacerlo los jueves y los domingos; ciertamente, se comprendieron y se gustaron y usted podía ir a sus brazos, pegarle o no pegarle, para ella no importaba, lo quería cerca porque le entendía su soldad en esta media isla cargada de prejuicios hacia su raza y sus costumbres, porque usted jamás le rechazó un beso en la boca y ella quería besarlo en sus gruesos labios que le habían impactado desde el primer momento del regateo; sí, tal vez fue allí o por allí, porque ella también le exigía protección; debía cuidarse, una niña la esperaba del otro lado de la isla y ella le sonrió cuando usted le preguntó (porque su español era tan malo como el machacado francés del que usted se enorgullecía): Comment s'appelle votre fille?

Y esa noche conversaron hasta las dos, cuando la patrona no tuvo más que echarlos a patadas del

estrecho cuarto y usted la llevó en su camioneta, que a la sazón no era de usted, pero usted se arrogó el derecho a usarla por ser miembro de una comunidad a la que ya dejaba y allí, frente a la pensión donde estaban las demás, esperándola, se dieron el último beso, ella nerviosa y usted inseguro porque estaba descubriendo que era una tontería besarla, si no sentía por ella lo que conllevan prolongados besos frente al cuarto de una mujer y que usted pensó que también hacía lo mismo con otros, que solo buscaba incansablemente alguna mejora en su vida o tal vez la legalidad que le había sido negada si usted se decidía llevarla ante un juez y esas cosas que se imaginó en el instante y que solo horas después describió como tonterías de su inestable cabeza.

Y así siguió reconquistando cuerpos perdidos en las afueras de la ciudad, párpados ocultos al día y abiertos a la noche. Y no tuvo más que cansarse, porque al final sabía que lo que usted buscaba en otros era usted mismo y aquellos que lo habían abandonado en su necesidad ya no eran importantes. Prefirió hacerse su propio sueño, conquistarlo a pesar de todo, se tranquilizó, luchó por un buen empleo, siguió viviendo hasta encontrar a la mujer con los que ha compartido estos diez años de felicidad y le ha dado una hija que es su adoración. Luchó por ella, la arrebató de los brazos de otro,

porque comprendió que este mundo es así, una eterna lucha donde el más fuerte sobrevive ante el más débil. Y ella lo conquistó a usted y se dejó conquistar porque descubrió en usted esas cositas que su padre en vida le daba y ella supo de su historia o de lo que usted con conciencia quiso decirle sin ocultarle la verdad, sino que le dijo media verdad porque sentía que su lado oscuro debía quedar atrás, en el mismo cesto donde se echa el pasado tumultuoso después de la gloria, sin sospechar que el pasado es vengador y tiene garras silenciosas, porque hay un duende verde que es su mensajero y la muerte es su enamorada.

Pasado y muerte van de la mano, piensa usted, mientras se dobla la nariz hacia los lados. Hace tanto tiempo que no llora por usted mismo, que le parece extraño sentir ganas de llanto, un rostro tan triste frente al espejo es el lugar perfecto para todo, hasta para las lágrimas y la culpa. No resuelve nada con lloriqueos, usted recuerda aquella vieja frase que le escuchó decir al tío de la abuela, aquel viejito ciego que hedía a tabaco, ajo y muertos, los hombres no lloran y punto. Entonces, escucha el carro de su esposa; ya está frente a la casa. Ella tendrá que salir nuevamente, apenas trae la niña y usted se quedará con su hija hasta que la criada se presente a sus labores vespertinas y sabe que no podrá verlas, la vergüenza es ceniza ardiente que corta la respiración de una simple sombra frente al

espejo, porque así se siente ahora que ya no hay paso atrás en el juego que usted ideó y que, después de un paréntesis de felicidad, pretendió abandonar olvidándolo; pero el destino es funesto y las circunstancias confabulan, cotidianas, invencibles, para que este juego que usted inició llegue a su final. Usted tendrá que tirar de la manga la vieja carta escondida, olvidada por el paréntesis de su esposa y su hija y tendrá que hacerlo de prisa, las fuerzas no son tantas como para permitirse mirarlás por última vez, descubrir en sus rostros la inocencia que lo hace culpable porque ellas también han sido partes del juego y como partes ya suben las escaleras de la habitación y la niña que se apresura porque quiere encontrarse con su papi, pero usted sabe que no lo hará, porque usted ha asegurado la puerta, la respiración forzada y los ojos negros que van dejando lentamente la luz detrás de sí y un sonido familiar que se escucha mientras la niña golpea la puerta y su esposa que le habla amor abre la puerta, estás durmiendo y por tercera vez el sonido familiar cesa para dar paso a una voz extraña de mujer, con un mensaje para el señor Gutiérrez de parte del Centro de Análisis Especializados, hemos descubierto un grave error en los resultados de sus análisis, favor comunicarse con nuestras oficinas y la niña que ya está cansada de golpear la puerta cuando sus ojos negros, los de usted, ya dejan la luz para siempre.





# MENTIONES

MENCIÓN

# NIDO DE CUERVOS

De: Abdala Melgen

Seudónimo: Eetes

**C**on ojos incisivos, el cabo Linares Cabrera escudriñaba en el horizonte para encontrar a la mujer que poco antes había visto pasar por la puerta de la barbería; buscaba insistentemente, con mirada parca y con trazas de penitencia en la cara, mientras rumiaba con dificultad una inmensa goma de mascar. No se había equivocado, era ella, seguía siéndolo pese a que estaba un poco cubierta. La mujer del prófugo, cabecilla de los insurrectos, Ramón Fabián.

Un caluroso domingo como los de siempre, vacío, solo dos o tres almas vagando sin propósito. Día correcto para el fatídico segundo encargo, el primero sin mayores compromisos morales, pero

éste... El reloj marcaba las once y veinte. Treinta minutos antes Linares estuvo distraído hojeando el diario, donde leyó que la revuelta había sido renegociada. Se alegró. El viejo que lustraba sus zapatos dio dos golpes en la caja, Linares salió de su abstracción y miró por encima del periódico, fue cuando vio pasar la mujer ante el umbral, iba con la cabeza cubierta por un pañuelo de franela azul y las manos ocupadas con unas bolsas, sin duda de comestibles; llevaba prisa.

Se quedó pensando en la imagen y un vago remordimiento le cristalizó los ojos; parecía ser ella. Se mantuvo inquieto, hizo como que se incorporaría, pero recordó que se había quitado el zapato derecho para liberar el pie convaleciente de las sacudidas que el viejo le daba. Maldijo interiormente. Se demoró un poco antes de resolver echarse cojeando a la carrera. En esa demora ella se había quedado viendo en la isleta, cruzando la calle, algunas palomas buscando inútilmente algo que picar sobre la calzada y el césped; luego de esto acabó por convencerse que era la mujer. Lanzó a un lado el periódico y se abalanzó por encima del viejo, ya sobre la calle buscó visual y hasta olfativamente hacia la dirección en que la vio pasar. Sintió a través de la media, el caliente de la calzada en el pie descalzo, pero lo resistió hasta agotar el último instante de búsqueda. Por aturdido instin-

to buscó también en sentido contrario. Nada. Regresó cojeando al asiento. Tenía que ser ella. Niños hambrientos. Si se hubiera convencido un poco antes, la habría salvado de sí mismo. Esposo prófugo, provocador enemigo de la patria y de su benefactor. Tres niños. Nido de cuervos. El mayorcito apenas iba a la escuela. Antes de entrar arrojó la goma de mascar, pues le dolían los ejes de la quijada, además las masticadas le fijaban la obsesión. Pudo no haber sido ella, no obstante, lo era. Da igual. Sargento para antes de Navidad. Se sentó con despecho. Una amargura en la garganta que le subía desde el alma lo hizo lanzar un escupitajo a la calle, por encima del viejo, quien se mantuvo dócilmente impasible a las minúsculas gotas que le cayeron en el rostro.

Daba igual si era ella o no, este era su barrio donde era conocida por todos. Solo bastaba preguntarle con buena cara a cualquiera. No daba igual, de haberla alcanzado en la calle el curso de la historia habría cambiado. Habría bastado una advertencia, para hacerla huir con sus tres pequeños. Nido de cuervos. Si la hubiera alcanzado. Pese a su juventud sería sargento para Navidad.

El barbero que ya terminaba de acicalar a uno de sus clientes, urgía al viejo a que terminase de lustrar. En seguida dos toques se hicieron sentir en la



caja, Linares retiró su pie izquierdo, e inspeccionó el resultado; el charol resplandecía antes sus ojos sombríos, entonces metió con agrado el pie derecho en el otro zapato. De su elegante camisa de instrucción, sacó diez pesos y lo entregó maquinalmente al limpiabotas. Ya el viejo había atrapado el papel entre sus dedos cuando el barbero dijo:

-Va por la casa, jefe.

Linares sujetó el dinero, el viejo lo miró y sonrió sin entusiasmo, luego soltó el papel.

-¿Cómo va el corte? ¿Bajito? -preguntó el barbero.

Pensativo, Linares negó moviendo la cabeza. Separó su cuerpo del espaldar y giró la cabeza hacia atrás lo más que pudo, para verle la cara al barbero.

-Quítelo todo.

-¿Lo dice en serio?

-Sí. Todo. -Respondió con una voz limpia y firme, volviendo a su posición.

El barbero dijo algo de la revuelta, con su aliento de menta, que pese a esto no ocultaba ese desafortu-

nado olor del estómago en ayuno; Linares no se dejó perturbar, hizo como que no entendió. Se fijó en el limpiabotas, quien sumiso, aburrido, sin mucha conciencia de estar vivo, resolvió sentarse sobre su abollada lata en una de las esquinas, esperando con fría paciencia la llegada de algún otro cliente, sacándose la costra negra de la crema de debajo de las uñas. Más allá, a través del cristal, vio a las palomas que revoloteaban hambrientas.

-Por fin se detuvieron esos sinvergüenzas piqueteros, iperros huelguistas! -repitió al barbero, mientras de una gaveta extraía la máquina de esquila.

-Ujum. -respondió Linares sin separar los labios.

El barbero comprendió que al policía no le interesaba hablar. Giró la silla el frente del espejo y colocó la capa alrededor del cliente. En la imagen reflejada, Linares miró su compacta pelambre; y a continuación oyó el cimbreado sonido de la máquina encendida detrás de su cabeza, que empezó a deslizarse desde la nuca hasta el frente, donde una porción de cabello hecha caracol echó a rodar hasta el piso; entonces se percató del hondo surco que dividía simétricamente su cabeza. Punto de no retorno.

Mientras el cabello se desparramaba por todos lados, Linares veía a través del espejo al viejo silbando, en tanto que se metía el palillo debajo de las uñas y lo limpiaba en el pantalón. Para relajarse se divirtió un poco con la realidad invertida en el espejo. Aquí la mano derecha, allí la izquierda. Residuos de adolescencia. Sin embargo, no evitó que volviera a emerger un punzante remordimiento adelantado que era preciso sofocar. Madre e hijos. Cumplir la consigna. Meterles una bala en medio de la frente; algo así. Para satisfacción del jefe, que en el informe se lea que hubo estupor en la mujer. Cuando menos violarla ante los pequeños. Orden irrevocable. Mejor después de muerta. Tres niños. Ascenso. El más pequeño de tres, casi ni gatea. Nido de cuervos. Sargento. Ante el hecho de mantener la cabeza firme, se quedó vigilando el umbral por el rabillo del ojo. Era preciso salir de paseo. Pero no tardó en caer dormido bajo el abejorreo y la rítmica y áspera respiración del barbero. Sopor vespertino de a diario. Si el jefe se entera. El barbero, que lo notó, hizo callar al viejo que imitaba el ruido de un motor mientras seguía hurgándose las largas uñas con el palillo. Como si fuera otro ruido de la calle.

Linares soñó brevemente con la mujer, un sueño sin acción, algo fantasmal. Cuando despertó vio en el espejo una cabeza deforme totalmente desnuda.

Pensativo, se quedó mirándose, buscando al asesino. El barbero de manos ágiles removió con la escobilla empolvada de talco, todos los minúsculos pelos de la nuca y del rostro. Retiró la capa y la sacudió.

-Listo -dijo el barbero- con ese perfume y así recordadito ninguna mujer se niega, jefe.

Linares sonrió. Se sintió algo libre, su cabeza desnuda le hacía sentir una pequeña ligereza craneal. Demasiado peso en el alma. Se incorporó.

-Esa mujer que no se niega se llama Lourdes... de Fabián, ¿saben dónde vive? -preguntó con persuasivo galanteo.

-Venga -dijo el barbero, y avanzó hacia la ardiente calzada, detrás iba el cabo Linares, arrastrando sus pasos.

-No es lejos de aquí ¿ve ahí?, esa esquina donde juegan esos muchachos, uno de ellos debe ser el grandecito de ella, puede preguntarle, sino, solo vire a la derecha, verá un callejón, en el fondo hay una puerta verde. Ahí es.

-Gracias -dijo Linares, pagó el corte más la propina y vio el reloj. Once veinte. Punto de no retorno. Con decisión se marchó arrastrando su pie derecho. El barbero se quedó viéndolo para asegurarse de que acertara el rumbo, luego vio satisfecho que uno

de los niños lo conducía, y que torcieron a la derecha hacia el callejón. Antes de regresar al interior de la barbería, el dueño sacó del pantalón un puñado de maíz que esparció entre las palomas, quienes presurosas y hambrientas lo rodeaban dando picotazos. Miró de nuevo hacia la esquina, los niños jugaban. El policía ya debía estar tocando. Solo entró cuando terminó de contar la suma de dinero que había recibido.

El viejo se desperezaba cuando el barbero entró y le pasó una papeleta.

-¿Qué dices Remigio? Pobre mujer, creo que finalmente saldrá adelante con esos muchachos, ese policía parece muy interesado en ella, te lo digo por el perfume que llevaba, un aroma tan inspirado no se usa sino en cuestiones de amor. Y ella hace bien, el bruto de su marido la abandonó ya hace mucho, dicen que andaba en malos pasos. Además, este joven lleva aire de tener futuro, se le nota en el porte ¿no?

-Ujum -respondió el limpiabotas, raspando con el palillo la uña del último dedo, antes de inclinarse a coger el dinero. Mientras allá, en la tórrida calzada, se alzaban a vuelo, espantadas, cuatro palomas tras el estruendo de un disparo, seguido de tres más que tanto el limpiabotas como el barbero oyeron sin sorpresa.



MENCIÓN

# LA GALLERA

De: Roberto Adames

Seudónimo: Alka Seltzer

**E**ntonces tú podías vivir perfectamente con lo que tenías, pero no lo creías hasta ahora, cuando por el hecho de no hallar un último escondrijo, te encuentras encarando el desastre sentado en esa vieja silla de guano, que a pesar del hedor y el sucio, alguien quiso recibirti a cambio de algo, con un cigarrillo entre tus labios temblorosos, fumando sin cesar, mientras diriges la mirada a través de las volutas de humo hacia el seto de enfrente y en el camino clavabas esos grandes ojos pardos en el envase con la mezcla tóxica que yace en el piso la que conseguiste hace varios días en la farmacia de Miguel el Español, a cambio del último de tus rejonos sabe Dios con qué pretensión y paralizados ahora en el mismísimo borde de un vacío grandísi-

mo y una nada rotunda; esos enormes ojos premiados también por una corona de ojeras colocada como presea sobre el entorno de sí mismos y oyes el dulce sonido de dos suaves toques en la puerta pero eso pasa a un segundo plano, porque no puedes dejar de mirar el perol con la mezcla química que como imán te aferra al campo magnético de esa pequeña casa pintada color sucio y encuadrada por tablas de palmita y aunque no desees mirar la mezcla te metes sin ningún remedio en una agridulce retrospección a través de la pantalla del perol y comienzas a recordar las tardes de los sábados cuando ya el sol comenzaba a dejar de ser un fastidio y se convertía en una bombilla, que todavía permitía a los muchachos diferenciar el doble seis del seis-cinco y que evitaba que Chucho intentara meter un tres por un dos para cantar capicúa y recuerdas también cuando ese mismo Chucho se sentaba contigo frente al edificio de mampostería color naranja, el cual ustedes mismos bautizaron con el nombre de la Catedral del Helado y ahí sentados miraban cruzar a las muchachas y muchachos que pasaban todas las tardes al volver de la escuela y tú en especial, a Rosita con los cabellos hechos dos colas largas, su piel morena y sus ojos grandes y eso lo recuerdas muy bien; era cosa de todos los días el sentarse frente a la Catedral del Helado a esperar a Rosita cuando pasara y tú a soltarle uno de tus piropos más elegantes y bien tallados para

que luego con el tiempo entre poemas de Buesa, una canción del Puma y las dotes de proxeneta de Chucho que el barrio supiera la noticia de que te habías llevado a la muchacha... Hubo fiesta, alegría y a partir de ahí fue todo muy lindo porque ahora los domingos eran para quedarse en la pequeña casa que le hiciste con el esfuerzo de muchos. Todo eso lo recuerdas perfectamente y los domingos se los dedicabas a tu mujer los dos solitos y tú le decías a ella que comenzaran a inventar que se hiciera un moño y que se sombreara los ojos con ese azul tierno que ella tenía, así decías tú y Rosita sonreía con una sonrisa de dientes y ojos y labios tímidos, porque de esa manera ella sonreía como cuando tú le prometías algo como el día en que le dijiste que trabajarías mucho más para conseguir dinero y con ello comprarle una mejor casa y darle una mejor vida, así sonreía ella y de inmediato con un asentir de cabeza se dirigía al cuarto para arreglarse.

Y mientras tú esperabas, comenzabas a fumar y a mirar los retazos de árboles y de cielo que asomaban por la ventana de enfrente y ahora debes recordar que detenías la vista en la noche que se acumulaba y caía fragmentada por la rendija de la puerta y de pronto escuchabas el cantar de los grillos que iniciaban su sinfonía nocturna y tú continuabas en el piso recostado del seto lleno de lujuria

contenida como la mosca frotando sus patas frente al terrón de azúcar con los ojos fijos en la cortina que dividía el cuarto de la salita fumando y sudando, pensando talvez en los placeres que se avecinaban o quizás en lo feliz y dichoso que eras al tener contigo una mujer como Rosita y así seguías mientras ella se acicalaba y se daba los últimos toques para lucir como a ti tanto te gustaba.

En ese momento vuelves a escuchar los toques ahora más fuertes son puñetazos de tus propios amigos que te gritan que salgas que no tienes derecho a estar ahí, más bien te exigen que abras la puerta de la casa, de esa pequeña casa en la cual te encuentras atrapado, rendido al campo magnético del perol con la mezcla y de manera agitada estiras tus brazos y el sudor corre por tu cuerpo como diversos manantiales que alimentaban el río de tu agitación y ahora frotas tus ojos con la esperanza de que esto no sea más que un sueño, como decía el maestro Novalis, una terrible pesadilla que termina un segundo antes de la desgracia de quien sueña; pero para tu propia desgracia tampoco eres un personaje de Muerte sin Fin de Gorostiza, eres tú mismo, en la silla de guano, sentado al borde de un vacío grandísimo y una nada rotunda bajo el pseudoamparo de las volutas de humo y el desparame de ceniza de un cigarrillo que sucede al otro y tomado de repente por el mismo desencanto de nuevo caes en el centro de los recuerdos y te duele



mucho pensar lo dichoso que eras al tener contigo una mujer como Rosita y lo feliz que vivían en la casita vacía de espacio pero llena de amor, pensarás en este momento y debes estar recordando cómo brillaban tus ojos cuando las manos de Rosita apartaban la cortina y ella caminaba acercándose hacia ti, deteniéndose un momento y luego cruzando enfrente de ti con su corto atavío y con un moño elegantísimo y con esos ojos sombreados de azul y con pasitos muy cortos y graciosos te rondaba mientras ovalaba los labios y movía las manos al modo de una bailadora de flamenco y justo cuando cruzaba frente a ti, daba la espalda y se agachaba a recoger cualquier cosa y tú comenzabas a sudar y a respirar profundamente sin desviar, ni por un momento, tus ojos de ese abultamiento que se formaba debajo de los panticitos rojos o negros que sé yo, que ella tenía puesto y que el morbo dentro de tu imaginación probablemente ya le había dado forma y de repente tu falo comenzaba a crecer, se erectaba como la buena formación de un egresado de Academia Militar y poco después, cuando el brillo del espectáculo comenzaba a opacarse solo bastaba un gesto tuyo para que ella comprendiera que el momento de iniciar el siguiente acto había llegado.

Mientras, sigues sumido en los recuerdos y con los ojos pegados al perol, aún no te has dado cuenta de que los puñetazos en la puerta han continuado, pero ahora con mayor intensidad y si pudieras salir



de la empenumbada nebulosa en que te encuentras sumergido, podrías escuchar la voz del nuevo propietario pedirle al fiscal que lo autorice a derribar la puerta de esa casa donde tú estás ahora arrodillado, como en una especie de ritual entre tú y el recipiente, y mientras observas tú sudas y fumas nerviosamente y otra vez atrapas aquellas imágenes donde te veías a ti mismo como un hombre realizado, porque sólo con un chistar de dedos tenías a tu mujer complaciéndote en todo, debes estar rememorando, cómo después de hacer el amor te tirabas en el piso y abrías los brazos como un crucificado y en ese momento, le pedías a Rosita que se sentara encima de tu pecho, así, desnuda, como Dios la trajo al mundo y le pedías que se moviera suavemente, y luego de unos minutos tu falo comenzaba a moverse, con unos movimientos oscilatorios, caramba Andrés, hasta que volvía y retomaba su erecta posición de cadete.

Pero ahora comienzas a escuchar de nuevo los terribles golpeteos que resuenan en la puerta y vuelves a estirar los brazos e intentar incorporarte, mas no puedes hacer un gesto raro como si la presión contraria fuera más fuerte que tú mismo y un sudor copioso se derrama de tu cara y miras con ojos dilatados cómo cae en el piso cerca del perol y comienzas a pensar y empiezan a brotar todos los pormenores arraigados en tu conciencia y sin

ningún esfuerzo recuerdas que ese día de San Andrés llegó Chucho con un regalo para ti, dizque por ser día de tu santo, te trajo un animal, una especie de ave plumífera y de seguro recordarás que era de un color raro, como una mezcla entre marrón y rojo y estaba muy bien acicalado y llega a tu mente la seguridad con que Chucho te dijo, al regalarte el pequeño fiero alado, que acababa de entregarte la herramienta más eficaz para hacerte rico y te lo dijo con una certeza que tú mismo lo diste por hecho, porque si hay algo que debes admitir, Andrés, es que el tipo tenía un excelente don de convencimiento; y recuerdas que en ese momento Rosita te miró con cara de incrédula y con una sonrisa tímida enfiló hacia el cuarto y tú te quedase conversando con tu amigo, aprendiendo la forma de cómo cuidar al nuevo huésped y debes reconocer que aunque en principio no veías atractivos en el asunto de crianza y apuesta de gallos, terminaste convencido de que esto no era un vicio sino el lucrativo deporte del pico y las espuelas.

Y aunque has sustituido el de comer por el hábito de fumar el vecindario sabe que estás ahí dentro, que tienes varios días encerrado y Miguel el Español, ese a quien tenías por amigo, es el primero que insiste para que derriben la puerta, pues los papeles lo acreditan como el nuevo propietario de tu casa pero tú no tienes tiempo para

analizar esos pormenores porque estás fundido en tus pensamientos, recordando cosas y entre tantas, la manera como te fuiste metiendo en ese vicio, el cual insististes en llamar deporte, al punto que descuidaste tu casa, tu mujer y hasta a ti mismo y llegaste hasta ese punto crítico al que llegan los hombres donde nadie se fía de uno, donde nadie te ofrece ayuda, sin una garantía previa, muñeco de paja y aserrín que se olvida de su esencia y sus raíces y eso ahora te duele como también te duele aceptar que como no siempre las cosas salen bien, estuviste del lado de los derrotados, por eso Rosita, sin mirar hacia atrás, se marchó lejos donde no la alcanzara la actitud violenta que tu nuevo oficio te había hecho adoptar, pero lo triste es que es ahora cuando lo reconoces porque antes ni siquiera meditabas en ello, por eso mientras tú conseguías un mejor ejemplar para la pelea del próximo domingo no tenías tiempo para detenerte a mirar que tu vida se hacía una mierda, que tu conciencia se cauterizaba como un pedazo de yeso sucio e inútil, así lo notaste cuando supiste la noticia de que Chucho, tu amigo Chucho, cayó enfermo, abatido por un mal que lo engulló, que lo pudrió en pocos días hasta matarlo y tú apenas te inmutaste, moviste la cabeza y miraste a quien te informó como quien mira un pedazo de pan, luego te volteaste y ese fue tu pésame y así otras cosas, Andrés, así tú mismo cambiaste el carril de tu vida con la efímera e inútil

esperanza de recuperarte en cada nuevo lance, pero en cambio lo perdiste todo, fuiste creando tu propio camino de ratas y ahora, en este momento, todos esos pensamientos desfilando por tu mente conforman el testimonio cierto de que tú podías vivir perfectamente con lo que tenías, pero no lo creías y de nuevo vuelves a pensar en Rosita y en tu vida familiar y esas imágenes llegan como un aliciente a tu mente y brota una sonrisa de tus labios cuando recuerdas aquel día cuando hablaste con Rosita sobre la idea de tener un hijo y pareces estar viendo la carita de asustada que puso y sus dedos temblorosos que hurgaban una excusa en cualquier rincón y luego la tímida voz de que sí, de que claro, asintiendo muy alegre, pero tú apresuradamente debes salir del éxtasis donde te encuentras porque el fiscal y tus vecinos, aparatosamente han penetrado a sacarte de la casa, de esa casa donde ahora yaces boca arriba como un crucificado, sin más compañía que la de un perol tosco y vacío, una vieja silla de guano que tampoco te pertenece, y unos ojos desorbitados que persiguen la figura de una Rosita que sin ningún remedio se pierde tras la silueta de un fino y hermoso ejemplar de la familia de los faisánidos.

"Mi conuco, mi trabajo, mi mesita de afeitarse y mi registro electoral, mi piloncillo de majar, mi guavaberry y mi puñal, mi casa, mi tierra, mi cena, mi almohada, mi techo, mi alma y hasta mi morena... perdí en la gallera". (Juan Luis Guerra)





MENCIÓN

# RITOS ENTRE MATICES

De: Quivian J. Castillo Fernández  
Seudónimo: El Péndulo de la Lincoln

*"Aunque el final del mundo sea mañana,  
hoy plantaré manzanos en mi huerto".*

*M. Lutero*

*A Silvano Peguero*

**A**ún no sabe con exactitud el día, la hora, el lugar; pero sobrevino. La mirada oscura perfuma con sutileza lo que observa y los objetos recobran la forma con un leve roce. Así que sube, ¿qué haces?, rompe, estalla, que sombría se desnuda. ¿No ves como brota su mirada escurriéndose, marcha y sin destierro? La lentitud. Lo extraño se aloja en nuestros hombros. No temas que los años muti-

laron el pánico; solo queda este corazón, Caballo de Troya. Pero corre, vamos que el tiempo está inventando destruirnos. Deprisa, vamos, que las espesas y malditas sombras se escabullen como pesadillas interminables, cada segundo, cada soplo, va apoderándose de esta imagen difusa, entre el muelle de la fatigosa carne y el ser. No mires más hacia las espaldas, por favor, que la diosa del amor ofreció, de nosotros, la complacencia. Ven y enciende este fuego que no quema; pero que ilumina y nombra nuestras sombras errantes en la llanura, tierra de la nada. Huye contigo y déjame a mí, ya que eres una sola lágrima y yo millones de razones de tu memoria de barro y olvido. Salió el sol. Se oscurecieron sus ojos vivos, cuando al fin quiso desenterrar, con las uñas, el filoso cuchillo del amor, que a flor de piel, la sangre manó de su costado abonando la tierra, y numerosos pájaros noctámbulos engulleron sus frutos y cagaron imágenes silenciosas que hormiguearon en la memoria. Si quieres quédate, que nos han dado los años; pero no el mundo; los pies, pero no la tierra; las manos, pero no el látigo; el aliento, pero no, dónde diablos o cañazo aprisionarlo. Por las ventanas lânguidas de los ojos, entre faroles, vi unos hombres de verde, manipulando herramientas metálicas y salpicaduras de sangre, lucían muy agitados, pedían sustancias y objetos de nombres extraños, no nos importó. Después, subimos y entramos por

un túnel largo y oscuro, jamás bajamos, ni retrocedimos. Se escucharon ladridos, roces de hojas secas, ecos metálicos, bocinas, pitos, cascabeles, melodías de Chopin, Mozart, Tchaikovski, todo emanaba con cierta humedad y nuestros cuerpos sudorosos sintieron frío. Nauseabundo, era el olor a pelos quemados, luego a guayaba madura, el pisoteo de un animal ya no se escuchaba. De repente, nada sentimos, fue como quedarse sin oxígeno o similar, a un minotauro corneando el corazón. Dimos dos pasos, no sabíamos dónde demonios estábamos, ni hacia dónde nos dirigíamos. Sentí el frío de una pared, por el tacto supe que era muy remota, quizás de la antigua Grecia y el bajar y bajar por peldaños se hacía eterno, pero sin demora llegamos a una superficie movediza con ciertas rarezas. El mundo era negro, como si la nada hubiera devorado todas las luces. Continuamos y la sabiduría acumulada por los años de los hombres de verde, olía a mierda. Empezamos a cruzar un río ancho y tortuoso. De algún lado, la fría brisa traía un delicado olor a flores y al instante, un penetrante olor a canela. El agua estaba muy fría y una luz a lo lejos nos permitió ver una barca negra y extraña. Nos montamos y lo chocante es que nadie conducía la barca. Fue largo el trayecto y desesperante. Cuando tocamos tierra; de nuevo, caminábamos. Estaba aturdido, como un gusano en un vaso de whisky;

nada me parecía conocido, mi vida no valía ni un centavo; el corazón latía como una locomotora, mi amiga se mostraba calmada, como si nada la conmoviera. Lejanamente, distinguimos una casa verde con una ventana abierta, de la cual salía una débil luz, a medida que nos acercábamos, solo nuestros pasos se escuchaban y luego, el zumbido de un abejón. A poca distancia percibimos otra casa, aconteció lo mismo. Aún no salía el sol, juraría que algún agujero negro se lo tragó. Llevábamos varios días sin ver una chispa de sol y la tierra era cada segundo más fría. Todo era inútil, no sabíamos que seguía ocurriendo allá afuera. De repente, el planeta quedaba vacío. Recorridos los caminos de las civilizaciones, mantuve la elegancia, el amor, los pequeños detalles; hice lo humano de mi arte, lo sutil y al parecer, los años se nos han ensanchado, no nos da hambre, no me canso de caminar, de amar, no sufro, no lloro y si lloro son lágrimas de felicidad. Siempre sonrío y permanezco jubiloso, el mismo de siempre, no he cambiado en nada, ni cambiaré. Mi amiga, esa noche hizo una fogata friccionando dos piedras, y desde la amplia ventana del espacio distinguía todos mis amigos y amigas que desfilaban sonrientes, frente a mí. El frío me quitaba el pellejo, casi. Dormimos. Desperté, y mi compañera estaba reducida a un puñado de cenizas. Desde la altura continuaba observando temeroso; y los hombres de verde, de

aquel lugar salieron sudados, fatigosos y muy abatidos. Seguí mirando a esos hombres, entre máquinas complejas, que ya no servían para nada. Lo último que escuché desde muy lejano de los labios de un hombre de verde fueron las insensibles palabras: la operación fue un éxito, pero el paciente...







ANEXOS

# ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

ANEXOS

# ACTA ÚNICA

Los miembros del Jurado designado para ponderar las obras sometidas al Duodécimo Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 19 de marzo de 2005 en las instalaciones de esta institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

## Primer Premio

Título: "Humo"

Seudónimo: Eetes

Autor: Abdalá Melgen

## Segundos Premios:

Título: "Llovida de pez en la noche"

Seudónimo: Samuel Beckett

Autor: Roberto Ortiz

Título: "Cierre del Paréntesis"

Seudónimo: Flavio

Autor: Roque Diómedes Santos

Título: "El Santa Claus de Andrés Mejía"

Seudónimo: Quijano

Autor: Franklin Alvarez Eve

Por otra parte, el Jurado también decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

Primera Mención:

Título: "La Gallera"

Seudónimo: Alka Seltzer

Autor: Roberto Adames

Segunda Mención:

Título: "Nido de Cuevos"

Seudónimo: Eetes

Autor: Abdalá Melgen

Tercera Mención

Título: "Ritos entre Matices"

Seudónimo: El péndulo de la Lincoln

Autor: Quibian J.B. Castillo Fernández

Redactado y firmado por los jurados de este concurso, en La Vega, a los diecinueve (19) días del mes de marzo de 2005.

Lic. Emelda Ramos

Lic. Diógenes Valdez

Lic Carlos Fernández-Rocha



# **BASES DEL CONCURSO**

1. Para participar en este concurso, los autores deben tener por lo menos 18 años de edad.
2. Los cuentos que se envíen deben tener una extensión máxima de 25 páginas y una mínima de 3, escritas a doble espacio en papel normal de 8.5 por 11 pulgadas. Debe remitirse el original y tres copias.
3. Los cuentos que concursen deberán ser inéditos; es decir, que no hayan sido publicados ni tampoco premiados antes en el país o el extranjero.
4. Los cuentos deben firmarse o identificarse con un seudónimo y no debe aparecer señal alguna que identifique a su autor. Sin embargo, el nombre y

apellidos del autor deben incluirse en sobre bien cerrado anexo y el número de cédula, dirección y teléfono.

5. Cada concursante o autor puede enviar hasta cinco (5) cuentos diferentes, pero deberá usar en todos la misma identificación o seudónimo.

6. El sobre que contenga los cuentos se dirigirá al Duodécimo Concurso de Cuentos, y podrá remitirse a una de estas tres direcciones:

- a. Radio Santa María, Apartado 55, La Vega.
- b. Unión de Emisoras Católicas (UDECA),  
Rómulo Betancourt #2078, 3er. piso, Santo Domingo. D.N.
- c. Librería Amigo del Hogar, Calle El Sol 28, Santiago.

7. El plazo de admisión de los cuentos expirará el día 12 de febrero de 2005, a las 12:00 m.

8. Los miembros o empleados de Radio Santa María, también podrán participar en este concurso, a excepción de las personas que sean miembros del Jurado o tomen parte de una forma u otra en la organización del concurso.

9. Una vez que expire la fecha de entrega de los

cuentos en la fecha indicada, Radio Santa María remitirá, bajo inventario, tres copias de cada cuento a los miembros del jurado calificador. De acuerdo con la cantidad de originales recibidos, el jurado dispondrá de un plazo de tiempo limitado, que solo se determinará en el momento de recibir los cuentos.

10. Radio Santa María seleccionará a los tres miembros de este jurado calificador, que decidirá la forma de trabajo y reuniones que estime convenientes para discutir la calidad de las obras y la asignación de los premios y menciones de este concurso.

11. Una vez concluidas las deliberaciones, en un acto al que podrán asistir representantes de Radio Santa María y del Grupo León Jiménes, el jurado procederá a abrir los sobres que contienen la identidad verdadera de los autores. El jurado levantará un "Acta Única" o veredicto oficial e inapelable, que firmarán todos sus miembros.

12. De acuerdo con el veredicto del jurado, se otorgarán cuatro (4) premios, y tres (3) menciones de honor, de acuerdo con el veredicto del jurado, y si éste lo estimase, podría dejar desierto alguno de los premios y/o menciones. La dotación de los mencionados cuatro premios será la siguiente:

- a. Gran premio de: RD\$25,000.00 y Diploma
- b. Tres premios de: RD\$15,000.00 y Diploma
- c. Por su parte, las tres menciones honoríficas solo recibirán un diploma.

13. Radio Santa María difundirá enseguida, por los medios a su alcance, los nombres de los ganadores y la fecha y lugar de entrega de los premios. El acto solemne de premiación se celebrará, en la ciudad de La Vega, el día 30 de marzo de 2005.

14. Los trabajos premiados pasarán a ser propiedad de Radio Santa María, que con el apoyo de la firma patrocinadora, reunirá y editará poco tiempo después en un nuevo volumen o antología con esos siete cuentos galardonados.





Este libro se terminó  
de imprimir en  
Santo Domingo, D.N.  
en julio de 2005.





**GRUPO LEON JIMENES**  
Por una mejor nación.